

mostrado que, además de poeta de santísima emoción, también sabía manejar gayamente la rienda aérea de su Pegasus y sus romances de entonces, «Cantando vengo...» y «Vino», son, entre otros, dos testimonios felices de ágil inspiración. Ahora, con iguales donaires de expresión e igual felicidad en las imágenes, con más apropiada metafísica, nos da en este libro, junto a poemas de transparente y cuasi cotidiana sencillez, algunos poemas de abstracto sentido y concepción, en los cuales el fino verso cristalizado logra no obstante hacer visibles y sensibles las esquivas ideas. Pero, no cabe decir que el arte de Jerónimo Lagos sea un arte puramente intelectualizado, y mucho menos que lo sea de pura moda o superflua novedad. Hay, al contrario, en «La Pequeña Lumbre», un calor soterrado, vivo, persistente, que se difunde y se nos adentra a la vez por los despiertos rincones de la sensibilidad; y a la vez, un aroma a leños y a resinas nobles nos llena de azulados humos la propia imaginación.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



<https://doi.org/10.29393/At246-203NCGK10203>

LA NOCHE EN EL CAMINO, novela, por *Luis Durand*; Edit. «Zig-Zag», Santiago.

Mantiene Luis Durand en esta novela las mismas cualidades esenciales que constituyen la característica de todas sus obras anteriores: fluidez, gracia y colorido.

Panorámica y movida, «La Noche en el Camino» nos lleva en su decurso muy asidos de la mano, fijos nuestra atención y nuestro interés en las sucesivas escenas de vida que se van realizando de capítulo en capítulo. Propios y ajenos recuerdos, el autor los va dramatizando en la medida justa al ambiente y a los personajes, sin dejar que por un lado la acción llegue a alcanzar desmesurados relieves de tragedia, ni por el otro a

caer en la nadería de la mera narración. Ciertamente es que el camino por donde vamos se alarga demasiado, antes de que caiga la noche; pero en él, hasta el paisaje adquiere ahora una más correlativa sobriedad de expresión, en la que no disuenan esas líricas descripciones tan frecuentes aun en algunos de nuestros buenos escritores, y que suelen darle sonora vistosidad a cualquier relato; pero que le menguan a menudo efectividad, sobre todo cuando él rige obra de pura creación.

Y esta novela de Luis Durand, no es una novela de creación. Es una bella novela de composición, que va desde un costumbrismo fresco y remozado, hasta un realismo de tibios climas, y que ha debido salvar por ahí uno que otro escollo de compatible naturalismo. Amorosa, o mejor, diríamos, morosamente erótica—como su prima hermana mayor, «Mercedes Urizar»—, está bien concebida, dentro de su excesiva variedad de episodios, y bien escrita; con las características de estilo que anotamos más arriba, y llena de fértiles recursos personales no controlados por preconcebidas técnicas; y se siente al leerla el pulso seguro del escritor que potencialmente es un escritor. Del escritor que puede escribir cuando él quiera, una novela, un cuento, un ensayo, lo que él quiera. Quizá le falte en su exuberancia eso, precisamente, a Luis Durand; la sangre de la dificultad; el enrojecido chorro que se fragua y se recoge dentro tenazmente, martirizadamente, y salta de pronto, caliente de espíritu e insólitamente grávido de identidad y de calidad. Lo que el autor ha logrado en muchos de sus cuentos.

Como todas las obras de Luis Durand, en las que sin ostentación ni énfasis ha desarrollado tantos aspectos de la vida chilena, esta novela tiene esa efusiva amenidad que le hace al lector encontrar sorpresivamente corto el largo camino . . . — G. K. C

